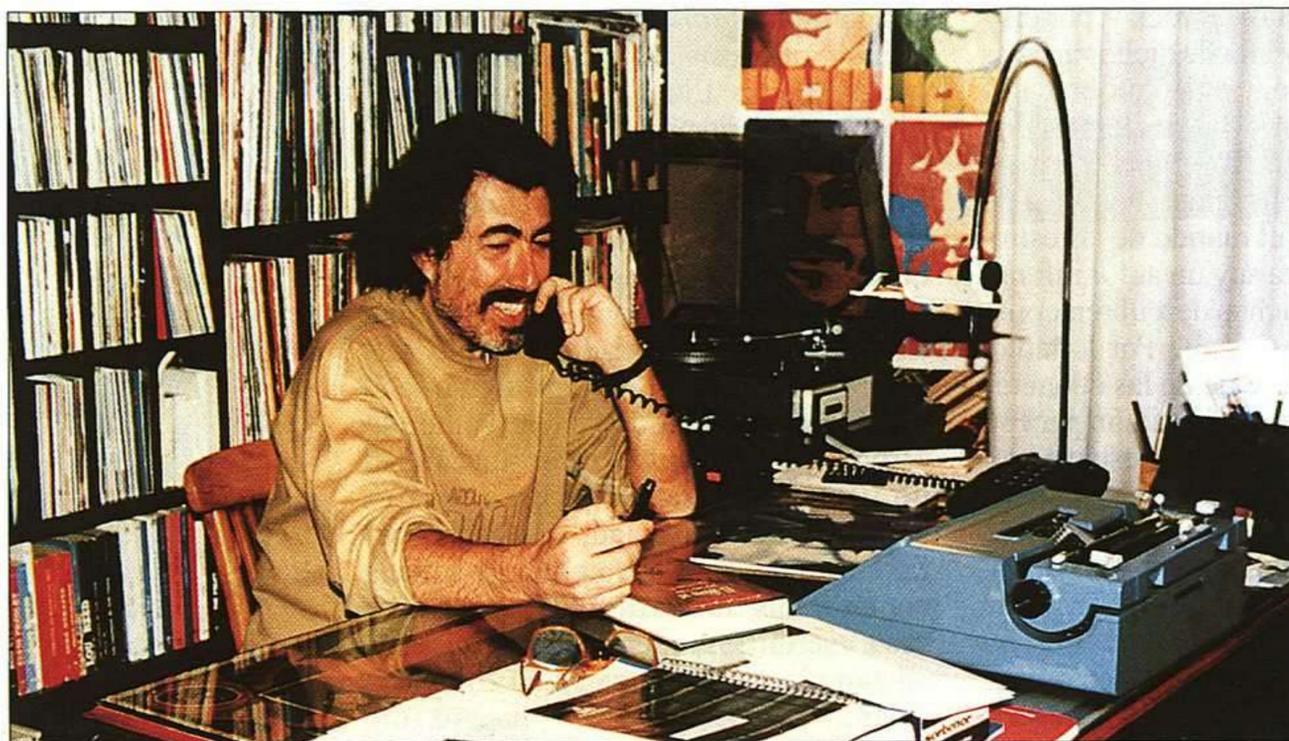


Jordi Sierra i Fabra, la pasión por la escritura

por Anabel Sáiz Ripoll*



Puede vanagloriarse de ser el autor español con obra más abundante, con más de 200 títulos, la mayoría novelas y relatos para el público infantil y juvenil, escritos a lo largo de más de 25 años de profesión. En el ámbito de la LIJ ha ganado casi todos los premios y algunos en más de una ocasión.

Ha escrito sobre refugiados, niños esclavos, la extinción de las tribus indígenas, animales en peligro de extinción, transplantes de órganos, la violencia, las drogas, la intolerancia, el racismo, la emigración, el poder de las nuevas tecnologías, los desaparecidos de las dictaduras..., porque ha adquirido el compromiso de denunciar aquello que ve y de luchar por aquello en lo que cree. Ha pasado de ser un rockero que hacía novelas a un autor aficionado a la música. Efectivamente, hablamos de Jordi Sierra i Fabra, todo un fenómeno literario al que dedicamos este primer estudio, esta aproximación a las claves de su literatura.

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) es un escritor apasionado y apasionante que escribe desde que era un niño; pero que debe a la música rock su primera oportunidad. Se inició en *El Gran Musical*, de la Cadena SER, y durante buena parte de su vida ha dirigido y fundado algunas de las publicaciones musicales de más relevancia en nuestro país: *Disco Expres*, *Popular I*, *Top Magazine*, *Super Pop*... Ha sido profesional radiofónico y es autor de *Historia de la Música Pop* (1972), *Historia de la música rock* (1981) y *Gran enciclopedia del rock de la A a la Z* (1993). Conoce muy de cerca a las estrellas del rock y, por ello, la historia y la biografía de dichos artistas ocupa una buena parte de su obra. Recordando sus inicios, ha declarado con cierta ironía: «Cuando empecé era un rockero que hacía novelas, luego fui un novelista que vivía el mundo de las estrellas del rock y ahora soy un autor infantil y juvenil al que muchos descubren como aficionado a la música...».¹ Por lo tanto, Jordi Sierra i Fabra se ríe de las etiquetas y huye de cualquier clasificación para su obra y su vida, porque ambas están estrechamente relacionadas.

Un escritor inclasificable

No obstante estos inicios, Sierra i Fabra ha sido siempre escritor y un escritor intuitivo, visceral, como él mismo reconoce, que se mueve con igual soltura por los géneros más dispares, desde la ciencia-ficción, a la novela negra, pasando por la poesía, el ensayo y la narrativa adulta, juvenil e infantil. Comentando esta capacidad suya, que puede llegar a desconcertar a la crítica, Jordi Sierra i Fabra nos dice con toda claridad: «Desde que quise ser escritor, quise también ser libre, independiente, que nadie me gobernara, que nadie me dijera qué hacer ni dónde ni cuándo ni cómo. Por eso mi placer reside en escribir lo que siento, cuando lo siento y como lo siento. Si sólo escribiera libros de un género, me moriría de asco [...]. Por ello cambio siempre de registro. Soy curioso, aprendo mucho de mis libros, a veces me planteo un tema para aprender de él y mejorar como persona, como ser humano».²

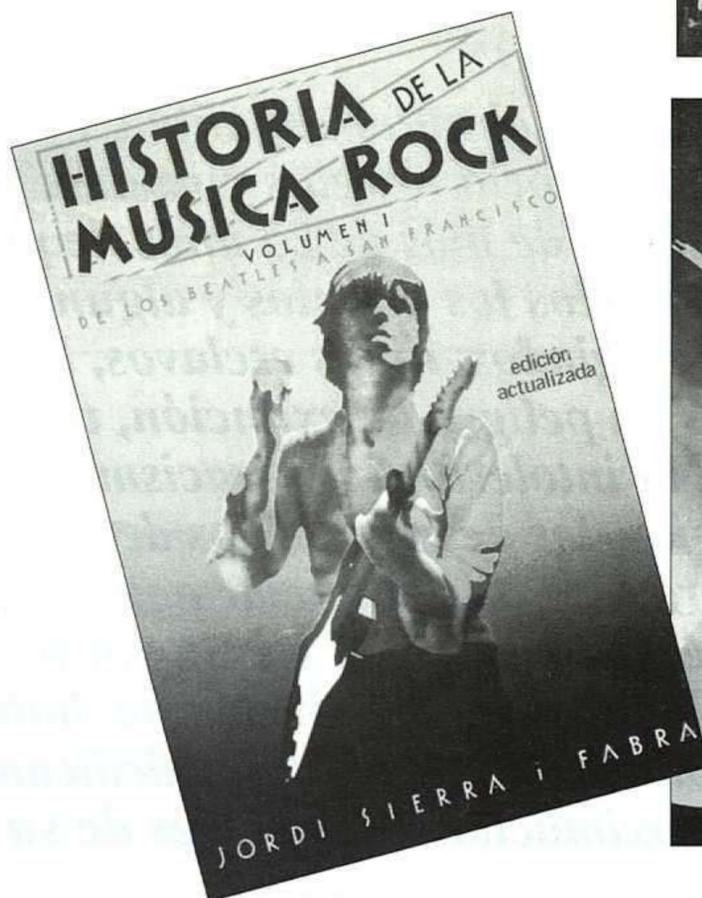
Jordi Sierra i Fabra fundamenta su vida y su obra en una serie de principios básicos, como no escribir nunca por encargo y hacerlo por placer, aunque eso no vaya reñido con el hecho de que viva de sus libros: «Vendo libros y gano dinero, perfecto, pero si escribiera por el dinero sería un mercenario, y eso, para un viejo hippy como yo, es imposible».³

La creación ha de ser libre

A Jordi Sierra i Fabra, que ya supera los 200 títulos publicados, se le va a poder comparar, sin duda, con Balzac o Simenon, al menos por la cantidad de lo que ha escrito. Él no se considera un genio, sino un *currante*. Ha rebasado con creces a los tres autores españoles de obra más abundante: Benito Pérez Galdós, Pío Baroja y Ramón J. Sender. Y como ocurre con estos tres maestros, no todo lo escrito por Jordi Sierra i Fabra tiene la misma calidad. No todo son aciertos en su obra y eso es algo que él asume con naturalidad: «He cometido errores, pero son *mis* errores. La calidad no tiene nada que ver [...]. La vida es corta, y tengo demasiado que sacar fuera. Lo saco y punto. No obligo a nadie a comprar mis libros, me obligo a mí mismo a escribirlos, que es lo que he de ha-

cer como escritor con un compromiso formal con la vida».⁴

Su obra impone respeto, para comenzar, por su número y su diversidad. Parece imposible que todo haya salido de la misma mano, y de ahí el reproche más frecuente que se le hace al autor: que escribe mucho, demasiado y de todo. Aunque, al hablar con él, todo queda muy claro: «Escribir es mi pasión, y mi cabeza es un volcán en constante erupción. Por otra parte, sí, tengo facilidad para escribir, no lo niego, y no he de pedir



perdón por ello, porque para mí no es ninguna carga, al contrario, es una bendición [...]. Pero una cosa es esa facilidad y otra muy distinta el tiempo de preparación de una novela, que me puede llevar a veces muchos años de investigación y maduración». ⁵ Estamos, pues, ante una persona que sabe qué quiere hacer y por qué, y que se siente algo molesto ante la incapacidad de valorar su obra o el afán de clasificarla o de etiquetarla: «... soy un escritor inclasificable y eso molesta mucho». ⁶

Sería un error que el adjetivo *prolífico* (al autor le gusta más *fértil*), nos impidiera acercarnos con sosiego a sus libros e intentar, de forma relajada y tranquila, entender sus historias y captar su esencia.

Vehemencia e instinto

Las historias de Jordi Sierra i Fabra están llenas de vehemencia, derrochan fuerza, energía y honestidad. El escritor, a cada paso, nos contagia su esperanza y su fortaleza personales: «Hay tres palabras que definen mucho mi Libro de la Vida: honradez, respeto y esperanza». ⁷ Y es que el autor está comprometido con su época de forma absoluta, total e, incluso, radical; de ahí su sinceridad arrolladora y esa curiosidad y visceralidad que le llevan a enfrentarse *in situ* a los problemas que le conmueven y le interesan (drogas de diseño, racismo, juventud desencantada), y a plasmarlos, después, con agudeza, sensibilidad y energía en una novela: «Hay momentos en que no puedes evitar comprometerte porque te duele lo que sientes. Por esa razón he cambiado, milito en Greenpeace y Amnistía Internacional [...]. Para bien o para mal, éste es el presente y lo que me preocupa ahora mismo». ⁸

Escribe porque le gusta y escribe lo que siente, sin preocuparle si será comercial o no. No escribe para jóvenes como tampoco lo hace para niños ni para adultos. Escribe para él mismo y para todos los públicos, porque disfruta haciéndolo, porque siente una historia que late y debe salir; pero no piensa en un lector prototipo a la hora de escribir: «Tampoco creo que exista la novela juvenil. Cuando escribo un libro no me



Jordi Sierra i Fabra en la presentación de su primer libro en unos grandes almacenes de Barcelona, en 1972.

planteo quién va a leerlo ni me pongo delante la foto de un adolescente. Sería absurdo. Lo escribo y punto. Luego puede leerlo cualquiera. Ninguno de mis libros juveniles creo que sea juvenil». ⁹

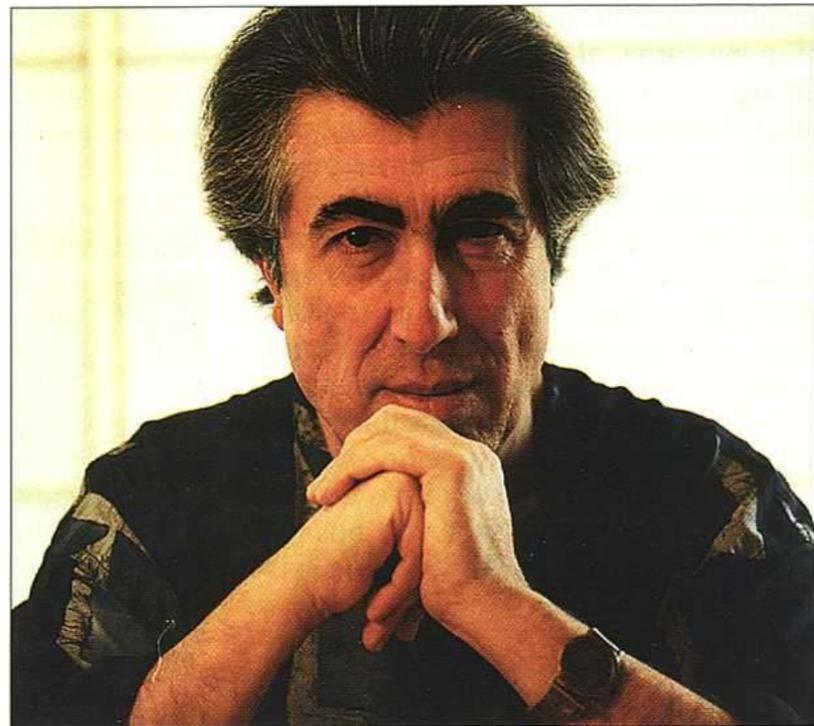
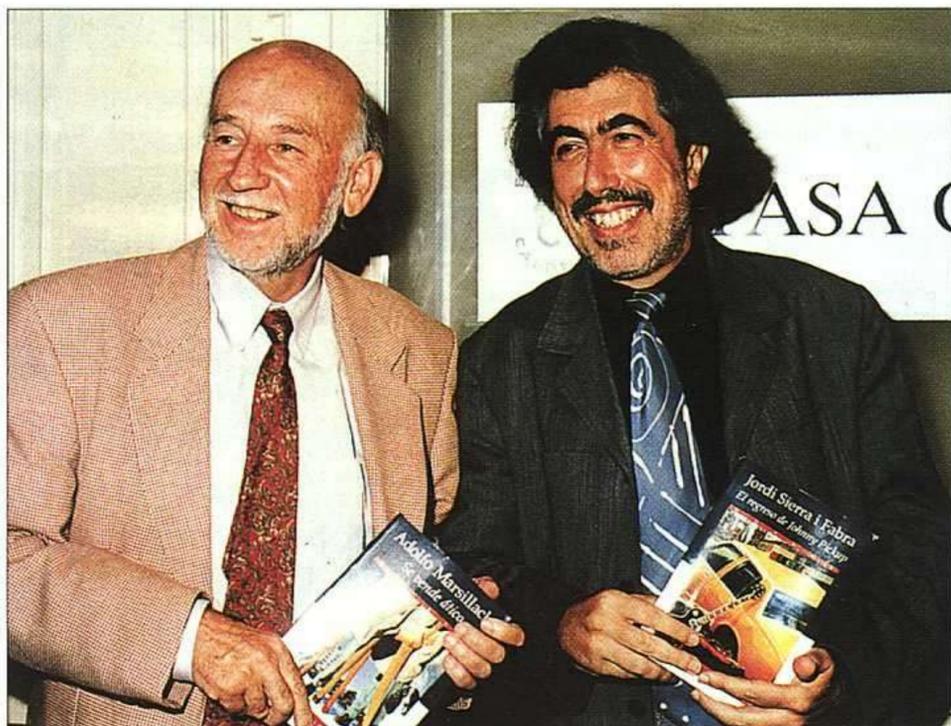
Quizá, después de todo, la esencia de sus obras es la necesidad de comunicación que todos llevamos dentro, pero que no sabemos cómo exteriorizar. Y en la tarea o el empeño de mostrar que la esperanza es aún posible está Jordi Sierra i Fabra, que el año 1980 ganó su primer Gran Angular; desde entonces, no ha cesado de tejer una de las obras más sugerentes y atractivas dentro de la literatura española actual.

La obra

Ya hemos dicho que su obra es inclasificable, pero en un intento de parcelar o, al menos, de ver la línea evolutiva de su obra, podríamos señalar dos grandes momentos que se encadenan. Las novelas escritas en la década de los 80 que son, por así decirlo, historias más nove-

lescas, que siguen una trama de ficción, como *El cazador*, la trilogía de «El Ciclo de las Tierras», *El último verano miwok*, *El joven Lennon* o *La balada del Siglo XXI*. Y las escritas a partir de 1990, en las que, debido a sus militancias personales, aborda otro tipo de temas más fuertes o comprometidos, en una narrativa con rasgos de realismo crítico que se acentúa en los últimos años.

En la década que cierra el siglo, Jordi Sierra i Fabra nos ha alertado sobre problemas distantes a los nuestros, como pueden ser la desaparición de grupos o etnias a causa del progreso mal entendido. Es el caso de *Kaopi*. O nos ha hablado de los problemas de los inmigrantes marroquíes, en *Noche de luna en en el estrecho*; o de la explotación infantil en la India, en *Los sonidos del silencio*; o del conflicto vivido en Chiapas, en *Un hombre con un tenedor en una tierra de sopas*; o de los problemas en un campo de refugiados, en *Las alas del sol*; o del tráfico de bebés en la época de las dictaduras en Hispanoamérica, en *La memoria de los seres perdidos*.



Sierra i Fabra junto a Adolfo Marsillach en la entrega del premio Espasa Calpe de humor 1985, que ganó con *El regreso de Johnny Pickup*, que pronto se llevará al cine. Al lado, una imagen reciente del autor; y abajo, el escritor recibiendo el Premio Ateneo de Sevilla de manos de Lara, en 1979. La obra ganadora era *En Canarias se ha puesto el sol*.



Pero también nos ha puesto cara a cara con nuestra realidad, por ejemplo, respecto a los desajustes de nuestra sociedad en torno a la juventud, y a todos los problemas que ello ocasiona. Y aquí es donde la literatura de Jordi Sierra i Fabra dice basta. Los sentimientos nunca pueden tratarse de forma frívola. Basta, pues, a ese negocio que explota a los jóvenes desocupados y desencantados en *Noche de viernes*, *Nunca seremos estrellas del rock*, *Seis historias en torno a Mario* o *Campos de fresas*, por citar sólo unos títulos. Sin olvidar tampoco aspectos difíciles como el terrorismo y el entorno de ETA, que aparecen en *Temps de l'oblit*.

Por último, para cambiar de registro, Jordi Sierra i Fabra no descarta historias llenas de humor, divertidas, que se leen por el puro afán de pasar un buen rato, como las series de Víctor o de Zack Galaxy, aunque en ellos también encontraremos, entre bromas y veras, críticas a nuestra sociedad.

El adolescente: conflictividad

Los personajes adolescentes, masculinos, que retrata Jordi Sierra i Fabra aparecen muy nítidamente definidos. De ahí que dediquemos un apartado a analizarlos, ya que resaltan dentro de su obra.

Suelen ser chicos jóvenes (entre los 16 y los 19 años) que parten de una carencia inicial —sea algún conflicto con la familia, algún problema social o afectivo— y que quieren colmarla o superarla, a veces por la vía rápida —drogas o inhibición—, y otras mediante el trabajo y el esfuerzo personal, en una sociedad falsa que aparenta que todo es fácil y que está al alcance de la mano, cuando, en realidad, todo es un puro espejismo y el paro y la falta de recursos y oportunidades son la nota predominante. Son chicos de pelo largo, aficionados a la música rock —a menudo se identifican con ella, con sus canciones y artistas; otras veces idealizan los grandes conciertos de los 60 a los que ellos, por edad, no pudieron asistir; otras, en fin, es su medio de vida: muchos tocan la guitarra—. A menudo recuerdan, de forma casi ritual, el concierto de Woodstock, celebrado los días 16, 17 y 18 de agosto de 1969. Y lo mencionamos aquí, porque los adolescentes de Jordi Sierra i Fabra se sienten cercanos al espíritu de Woodstock, ya que significó, en palabras del propio autor, «el punto culminante de la libertad musical». Fueron tres días de paz y de amor que señalan, en el recuerdo nostálgico, un punto de referencia importante para muchos de estos jóvenes. Así pues, se autocalifican de románticos o se lo llaman los demás; pero el romanticismo al que se refiere el autor es, acaso, su mismo romanticismo, en el sentido de rebeldía, de la búsqueda de

la libertad personal, del deseo de alcanzar o de fraguarse el propio destino, de encontrar un lugar en el mundo. Hay que destacar la pasión que todos ellos ponen en su vida, en sus proyectos, en sus relaciones sentimentales e, incluso, en los fracasos.

En *El último verano miwok* (1987), David, el adolescente protagonista, es un chico comprometido con su mundo, despierto, que ansía conocer a su padre y para quien el presente y el futuro lo son todo. El John Lennon adolescente protagoniza una de las novelas más leídas de Jordi Sierra i Fabra, *El joven Lennon* (1988). Ésta es una historia que podría encuadrarse en las del tipo «de aprendizaje», puesto que nos habla del embrión de lo que fueron Los Beatles. En la novela nos cuenta la adolescencia del muchacho, su pasión por la música, sus principios, su rebeldía y la relación familiar que tanto le marcó.

Vicente Prats, de 17 años, es otro de los adolescentes característicos del autor. Protagoniza *Banda sonora* (1993) y lo conocemos cuando se propone cambiar radicalmente su vida, en un momento delicado para él. En primer lugar, quiere dedicarse profesionalmente a la música (la hace ya en el grupo X y Z) y le pide ayuda a su padre, al que hace mucho que no ve puesto que se separó de su madre.

Muchos son los jóvenes, en la obra de Sierra i Fabra, que o no tienen padre o

viven lejos de él. En la mayoría de los casos el reencuentro es positivo para el hijo y marca una línea en su vida; lo sitúa, por así decirlo, en el camino de la madurez. La figura paterna es, generalmente, básica para los jóvenes trazados por el escritor. En algún caso, incluso, es un padre que ya murió, pero cuyo recuerdo atormenta o motiva a su hijo. El encuentro entre Vicente y su padre también es positivo. El padre es un antiguo rockero al que no ve desde hace años, pero conecta con él enseguida y se establece entre ellos una relación especial, pura química. Vicente, sin embargo, aprende él solo a equivocarse y a recuperarse. *Banda sonora* es también una novela de aprendizaje, como *El joven Lennon*.

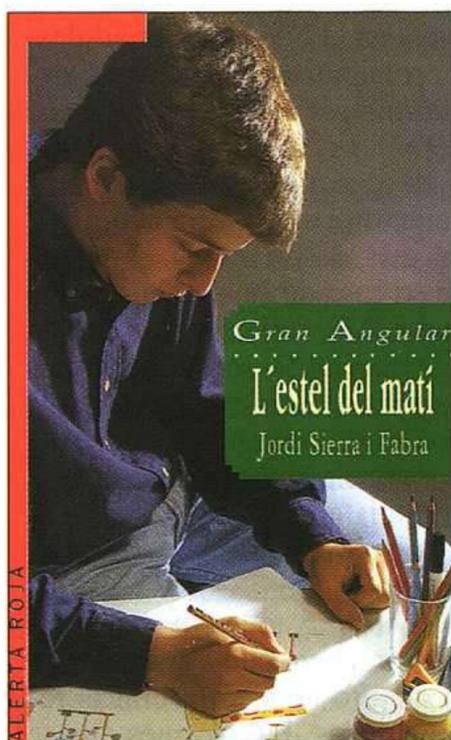
Las alas del sol (1994) y *Temps de gebre* (1990) son dos títulos dedicados al mundo infantil y, aunque los protagonistas aún sean niños, ya comienzan a padecer los problemas y sentimientos de su adolescencia cercana. Los dos niños protagonistas también sienten muy cercana la figura paterna y buscan, de alguna manera, que sus padres se sientan orgullosos de ellos, porque el padre, en ambos casos, es su punto de referencia.

En *Tiempo del olvido* (*El temps de l'oblit*, 1993), el recuerdo del padre asesinado por un terrorista impulsa a Carlos a seguir la pista para tratar de encontrar al criminal y matarlo. Es una novela especialmente delicada por el tema

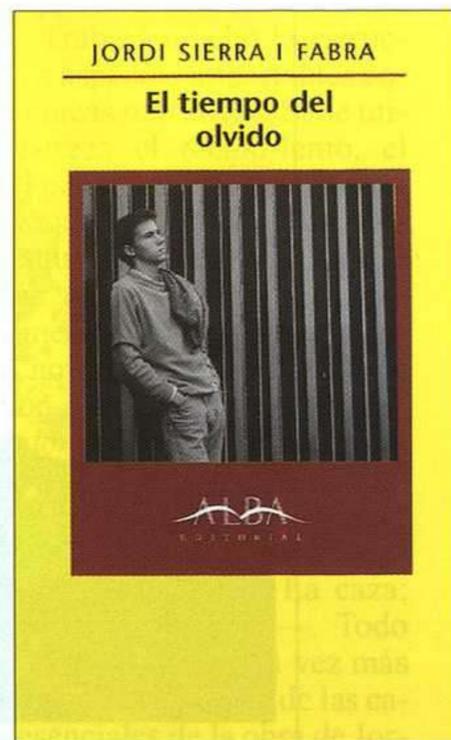
que trata; pero aquí nos interesa, de momento, la figura del joven. Carlos llega al País Vasco y conoce a Tetxu, el hijo del hombre que mató a su padre por error hace ya 10 años. Entre ambos se establece una relación de amistad que es un sentimiento mucho más fuerte que el odio. Tetxu, en este caso, sería el ejemplo de adolescente, aficionado a la música, con un pasado que superar y una relación especial con su madre.

Las madres son otro elemento clave en la obra de Sierra i Fabra. A menudo son madres solas que han tenido que sacar a sus hijos adelante; otras veces son madres un tanto amargadas por la separación que han vivido y que transmiten ese sentimiento de frustración a los hijos. Aunque, cuando se habla de una unidad familiar estable, también son abnegadas, sufridoras, llenas de ternura hacia sus hijos. Sea como fuere, igual que le ocurría a John Lennon con Julia, su madre, todos los jóvenes del autor sienten un afecto especial hacia sus madres. Tanto que, incluso, serían capaces de matar por ellas (*La estrella de la mañana*, 1996) o de perdonarles la mentira (Estela admite el afecto hacia su madre adoptiva, mientras que guarda un rencor sordo hacia su padre, en *La memoria de los seres perdidos*, 1998).

A menudo estos adolescentes se sienten desorientados, como Mariano, Ismael, Lázaro, Serafin y José Luis, los ami-



AZPIRI, ZACK GALAXYUNA AVENTURA INTERGALÁCTICA, ALFAGUARA, 1996.



gos de *Noche de Viernes* (1993), cada uno con su soledad y sus problemas auestas. En esta novela, Sierra i Fabra aborda el tema de la conflictividad íntima del paso a la madurez con los problemas sociales y sentimentales que la rodean.

Malas tierras (1994) es un nuevo caso de confusión juvenil. Cristo y Toni están enamorados de la misma muchacha, Cati, estudiante de veterinaria, responsable y juiciosa. Cristo es el típico joven que ya empezamos a conocer (pelo largo, toca la guitarra) y Toni es un caso paradójico, puesto que manifiesta un pacifismo a ultranza, pero va a ir a la mili al día

siguiente porque su padre es militar y así lo ha dispuesto (de nuevo la figura del padre como decisiva para el futuro, en este caso un padre rígido y severo).

Ventura, 19 años, personaje central en *Nunca seremos estrellas del rock* (1993), es un buen lector, aficionado a la música y al cine, pero por un problema relacionado también con su padre —un hombre violento que maltrataba a su madre y al que Ventura tuvo que matar— se ve envuelto en una espiral de robos y violencia y vive un momento durísimo que lo hará madurar y le dará una última oportunidad. Ventura no busca la aventura, si-

no que huye de sí mismo, de su problema familiar.

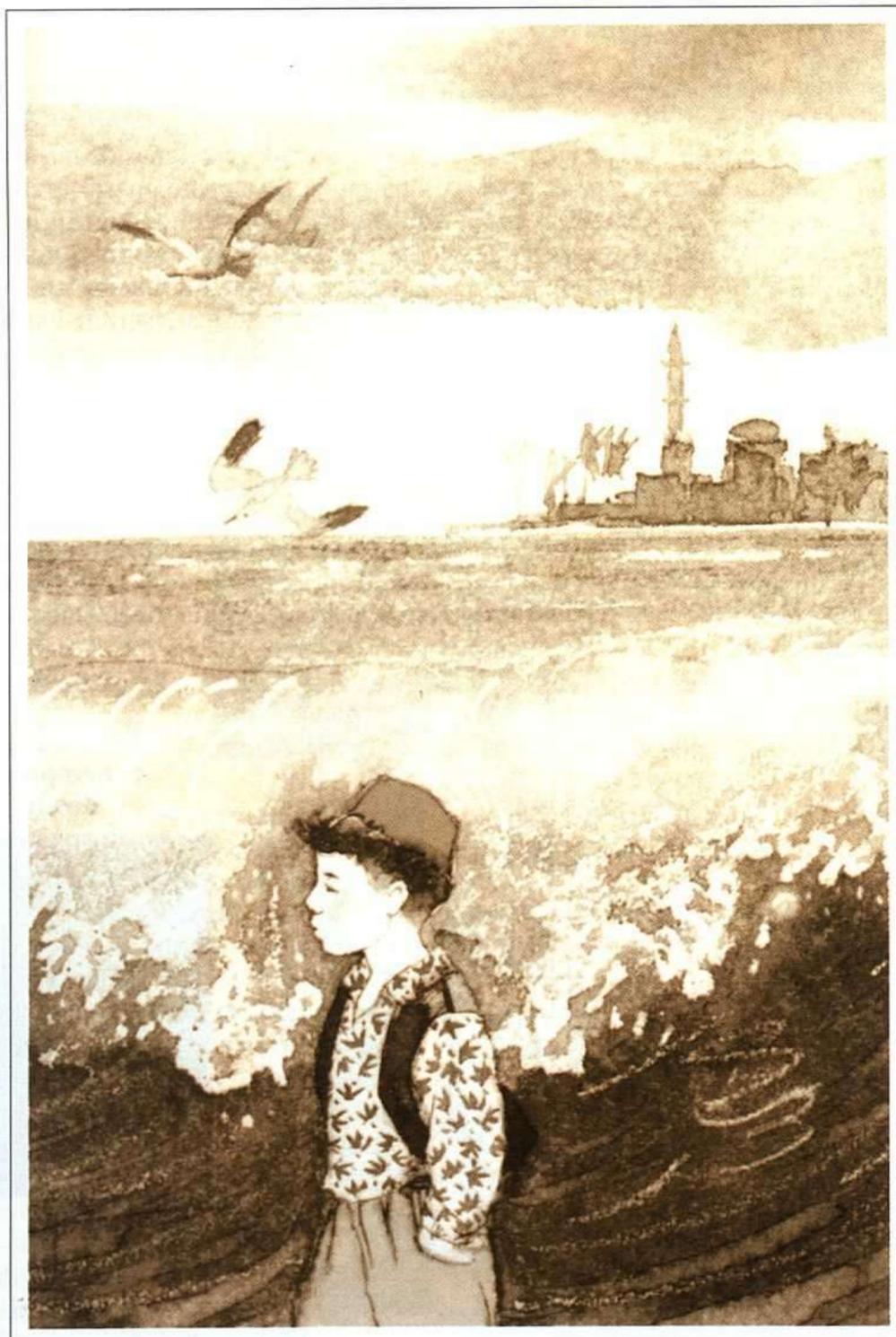
Mario, de *Seis historias en torno a Mario* (1995), es otro ejemplo de desajuste familiar y social. Con 19 años, es el menor de tres hermanos y es el que ha vivido una infancia y una adolescencia más especial, muy mimado por su madre. Mario crece en una familia que va mejorando económicamente y se aprovecha de ello. Acaba enganchado a las drogas y muere de sobredosis, y lo triste del caso es que nadie tiene la culpa, pero todos pusieron su grano de arena para que Mario fuese, paulatinamente, desencantándose de la vida.

Fernando, en *Retrato de un adolescente manchado* (1997), es un ejemplo de rebeldía con causa, puesto que ha sido acusado, injustamente, de asesinar a su madre. Gracias a su abogado, va enfrentándose al pasado y aprendiendo a encontrar un lugar en el mundo.

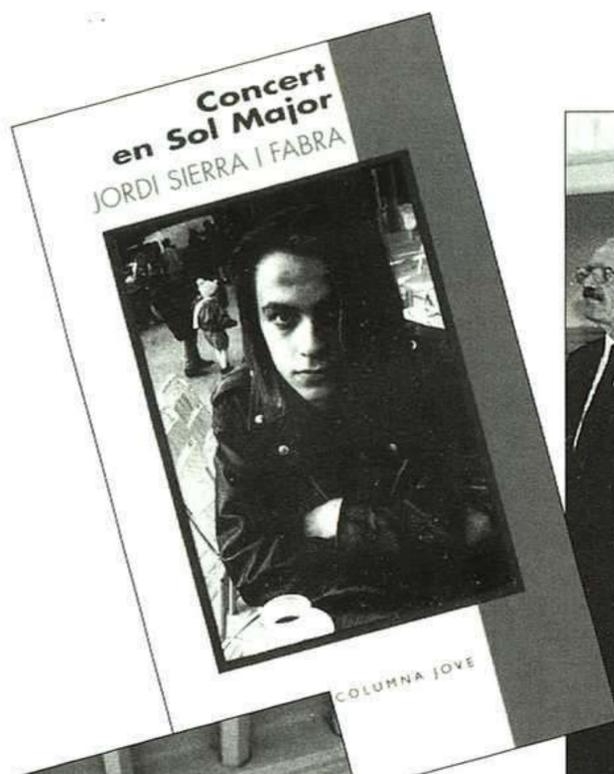
Isaac, en *Un hombre con un tenedor en una tierra de sopas* (1998), vive una aventura en Chiapas que marcará el resto de su vida, sólo porque quiere conocer la verdad —vemos que la verdad es un valor básico para todos estos jóvenes— acerca del suicidio de su hermano, un famoso periodista.

Hasta ahora hemos hablado de muchachos, que son los personajes más frecuentes en la novelística de Sierra i Fabra, pero también podemos aludir a las jóvenes, a las adolescentes, contrapunto para esos personajes. No obstante, hay alguna novela en la que la mujer adolescente es la protagonista indiscutible. Hablo de *El último set* (1991) y de *La voz interior* (1997). En la primera, Virginia Paz acaba de ganar el Roland Garros, pero se encuentra en un momento difícil de su vida, está desorientada, y decide esconderse en casa de su abuela, una tenista retirada. Allí reflexiona y con la ayuda de las nuevas personas que conoce, decide seguir adelante; pero pone sus propias condiciones a su padre, teniendo a su madre y abuela como aliadas —véase la recurrencia a la figura paterna—: ella quiere jugar y pasarlo bien, no morir en el intento.

En *La voz interior*, todos los personajes son femeninos, ya que transcurre en un colegio de alto nivel para chicas regentado por monjas. Las jóvenes que se



TEO PUEBLA, AYDIN, EDEBE, 1994.



Jordi Sierra i Fabra en simpática actitud durante la entrega de los premios Edebé 1993. El autor ganó en la categoría infantil con la obra de tintes ecologistas, *Aydin*.

ven envueltas en la trama muestran cada una sus flaquezas y sus intereses. Hay un buen análisis psicológico de estas cinco amigas, con sus miedos, dudas y vacilaciones.

Por lo demás, y ya para cerrar este apartado, el papel de las chicas es decisivo en la evolución de los personajes masculinos. Todos ellos —Tetxu, Mario, Vicente, Ventura— tienen novia o alguna relación especial que les hará cambiar de ideas. En general, el papel de la mujer adolescente es secundario, salvo excepciones, pero tiene capital importancia porque con su afecto, su ternura y su comprensión arroja al personaje masculino, lo ayuda, lo proyecta hacia

delante. Es como si la mujer fuera mucho más madura que el hombre y le fuera indicando, con amor y constancia, el camino. Evidentemente, el amor, como sentimiento total, aparece en muchas de estas historias. Jordi Sierra i Fabra no esconde los aspectos sentimentales y los descubre, a menudo con lirismo, como no podría ser de otra manera en un vitalista como él: «Soy una persona sentimental, emotiva, romántica, que cree en el amor y, por lo tanto, en todo lo relacionado con ese amor. [...] En mis libros no hay grandes dosis de sexo, pero los personajes son reales, están vivos, sienten cosas... exactamente igual que nosotros».¹⁰

El amor, pues, es un tema básico en sus historias, pero no suele ser el desencadenante, salvo en *La estrella de la mañana* (1996). Ésta es una auténtica historia de amor entre Beatriz, de clase social alta, y Joma, muchacho de clase social inferior, pero con mucho talento para el dibujo, procedente de una familia desestructurada, con el padre en la cárcel y una madre que sufre malos tratos del hombre con quien vi-

ve. El amor entre ambos es superior a cualquier otro impedimento.

Técnica narrativa y estructura

Las novelas de Jordi Sierra i Fabra suelen ser ejercicios minuciosos de composición. Trabaja mucho la estructura y se fija en aspectos importantes como son las técnicas narrativas. Sabe utilizar con destreza el *tempo*-lento, el *flash-back*, el perspectivismo, el monólogo, el soliloquio y otra serie de procedimientos que, sin embargo, no le impiden echar mano del narrador omnisciente. Comentemos, sin embargo, algunas de sus novelas desde el ángulo de la construcción.

En *El cazador* (1981), el autor organiza la historia en torno a cuatro apartados, con clara base alegórica —Primer signo: La noche anterior; Segundo signo: El camino; Tercer signo: La caza; Cuarto signo: Los enemigos—. Todo contado en 110 capítulos, cada vez más breves, que nos sitúan ante una de las características esenciales de la obra de Jor-

di Sierra i Fabra: el estilo cinematográfico. Sus capítulos son como secuencias que se van precipitando hacia un final condensado y rápido. Sigue un clímax ascendente —es la historia de un cazador que quiere cobrar su última presa viva— y, luego, se precipita hacia un final que libera al lector de la angustia contenida a lo largo de toda la aventura personal del cazador.

En *El último verano miwok*, David recuerda su último verano con su padre, tras diez años sin verse. Recuerda el pasado más remoto: la separación de sus padres cuando él tenía 7 años y el reencuentro en Estados Unidos con su padre

a los 17 años. Está escrito en dos momentos: el tiempo del narrador, en tercera persona —que quizá sea Pablo, el padre, y la novela que escribe—, y el tiempo de David, en primera persona, quien desde el pasado recuerda ese verano especial. El presente y el futuro se muestran como realidades frente al pasado que ya no es necesario o, al menos, no para autojustificarse ni pedir perdón. Jordi Sierra i Fabra sitúa la novela en los años 70 y la estructura como si fuera una sinfonía en nueve movimientos.

La estrella de la mañana está narrada en tercera persona, a base de episodios breves y mucho diálogo. El diálogo ágil, real y vivaz es otro de los rasgos de estilo de nuestro autor.

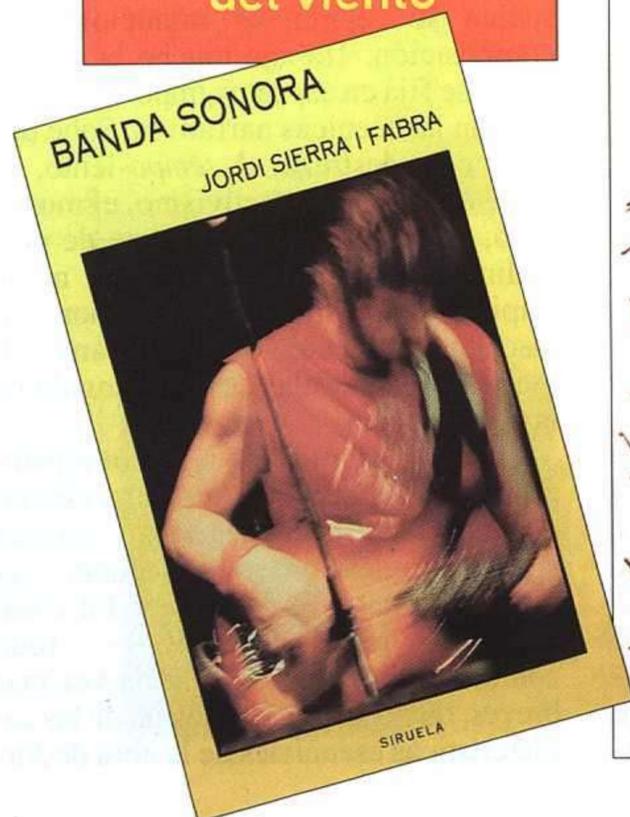
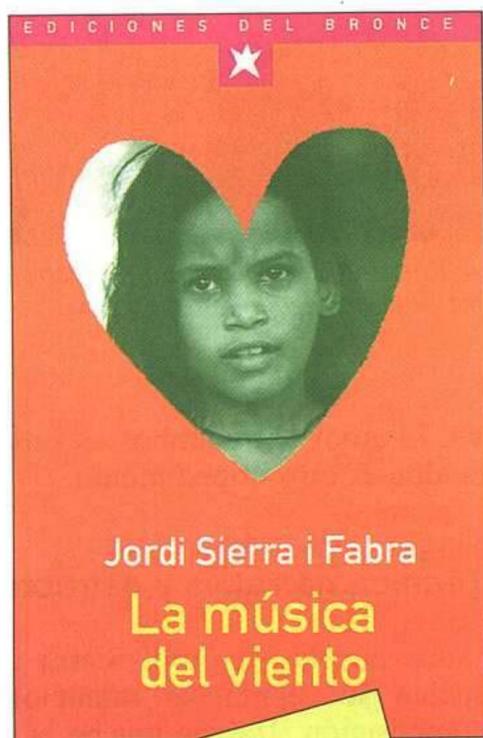
Campos de fresas (1997) se organiza en torno a distintas secuencias. Es como si fuese una partida de ajedrez, ya que Lucy, la chica que está en coma por haber tomado drogas de diseño, es una gran jugadora de este deporte, y en su estado va estableciendo algunas de las jugadas que le van a devolver a la vida. Los distintos personajes, sus padres y hermana, el policía, el periodista que es-

cribe un artículo sobre el caso, su novio, los amigos, el *camello*, la amiga bulímica, todos se van moviendo en torno a Lucy. Ella piensa en primera persona, mientras los demás lo hacen en tercera persona. Es una historia muy ágil, con mucho diálogo y acción. A Jordi Sierra i Fabra le gustan las historias de personaje múltiple.

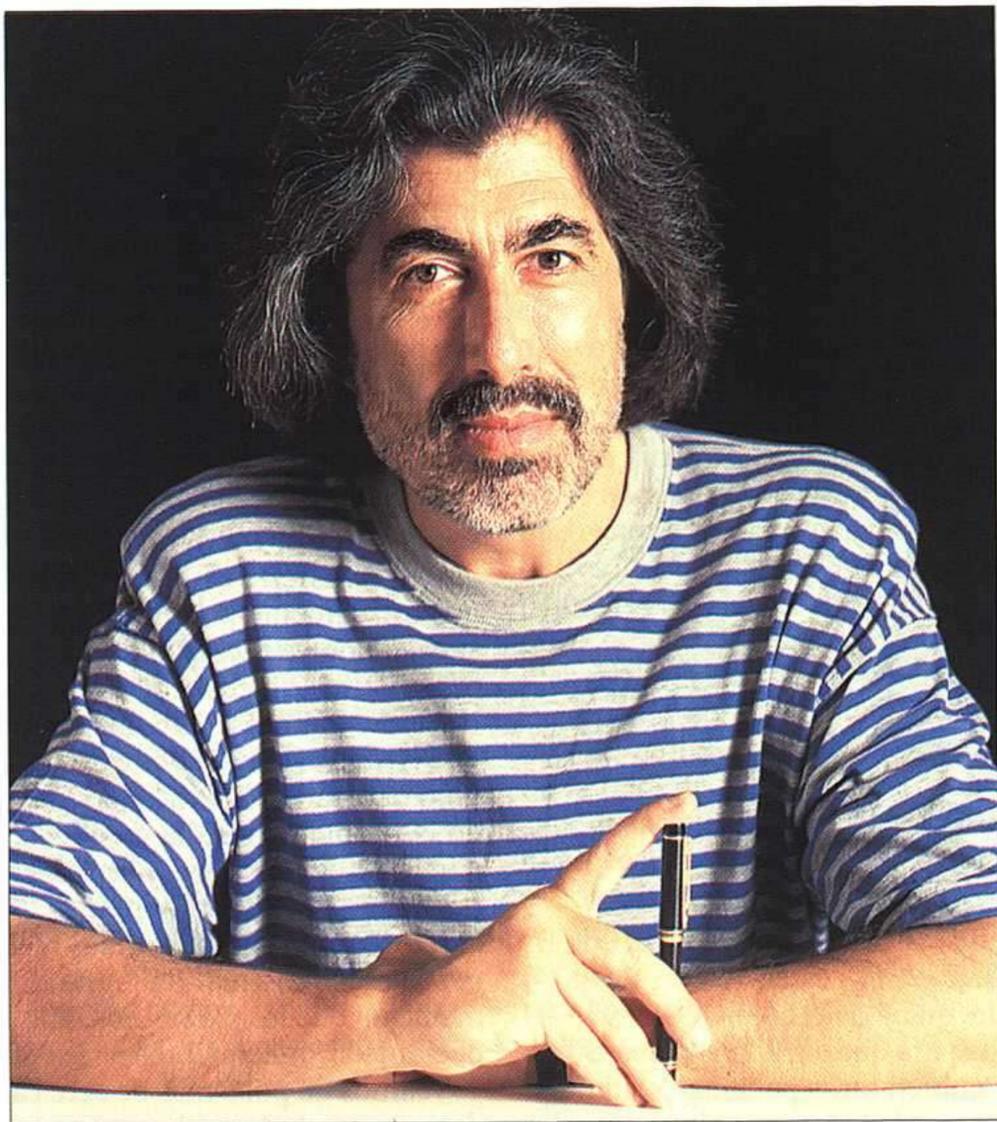
En *Seis historias en torno a Mario* (1995), ocurre algo similar en cuanto a estructura. Seis personajes cuentan seis historias acerca de Mario: su madre hasta los 12 años, su padre hasta los 16, su hermano mayor hasta los 17, su hermana hasta los 18 y su novia hasta los 19. Es un buen ejemplo de perspectivismo. Alterna la primera y la tercera persona, y en cuanto al orden de los capítulos sigue una cuenta atrás, puesto que Mario se está muriendo: va del 84 hasta el final.

Noche de viernes (1993) es otro buen ejercicio de perspectivismo. Alterna de nuevo la primera con la tercera persona, y cada personaje recrea sus pensamientos, cuestión que en el libro se destaca con una tipografía distinta. Es un relato que empieza con un ritmo lento, pero que acaba en un desenlace rápido e inesperado. Podemos afirmar que aquí el behaviorismo es la técnica dominante: el autor deja a sus personajes moverse libremente y él se limita a recoger palabras y movimientos.

Malas tierras (1994) vuelve a concentrar a distintos personajes. Es una trama, nuevamente, que se precipita hacia el fin. Como si el destino manejase todos los hilos necesarios para que María pudiera recibir el corazón que necesita para vivir y que, precisamente, fuese Cati, la más inocente, quien se lo donase. La estructura está trabajada en tres partes (El concierto, La noche, El alba) y un prólogo. Cada parte está dividida en momentos, como *flashes*, que van numerados; excepto los que atañen a María, que marcan las horas de la cuenta atrás (desde Madrid, 18 horas... hasta Madrid, 7 horas y 15 minutos), y las de Leonardo, el adulto sin motivaciones que provoca el accidente, que llevan una inicial del alfabeto de la A a la J. *Malas tierras* entrelaza tres historias diferentes y aporta descripciones exactas, que responden a la técnica fotográfica, de los escenarios



CARME SOLÉ VENDRELL, EL NIÑO QUE VIVÍA EN LAS ESTRELLAS, AIFAGUARA, 1996.



y ambientes de los personajes. Sierra i Fabra especifica los cambios de lugar y de hora para involucrar más al lector. Los diálogos de los jóvenes están llenos de formas coloquiales, aunque la novela, en general, está muy bien escrita, con un estilo cuidado y centrado en los escenarios y ambientes que describe.

El último set (1991) se estructura como si fuese un partido de tenis y mezcla el mundo del deporte con las pasiones del propio autor: el rock y la escritura, aunque sin olvidar el espacio reflexivo. Así, se reproducen fragmentos del diario de Virginia y de la historia que escribe acerca de una figura del rock fracasada.

Banda sonora (1993) es un relato lineal con elementos autobiográficos, en que se concentran muchos de los recuerdos del autor relacionados con la música rock. Escrito en tercera persona, es un libro de lectura ágil en el que abunda el diálogo. *Nunca seremos estrellas del rock* (1995) presenta mucha mayor elaboración. La acción transcurre en dos

días, entre Girona y Barcelona, y el libro se escribe en tres tiempos: la aventura exterior (tercera persona); la aventura interior (primera persona), y la acción externa. Estos tres tiempos aparecen escritos con distinta tipografía. La lengua empleada es coloquial y el ritmo externo es preciso y rápido. El perspectivismo es notable debido al señalado punto de vista múltiple.

El niño que vivía en las estrellas (1996) está escrito admirablemente, con transparencia, y dando siempre el contrapunto del médico psiquiatra y la peripécia por hallar la verdad. Se divide en dos partes y, una vez más, un epílogo, recurso que gusta mucho de utilizar el autor para participar más activamente en la trama y resolución de sus historias y conectar con el público lector.

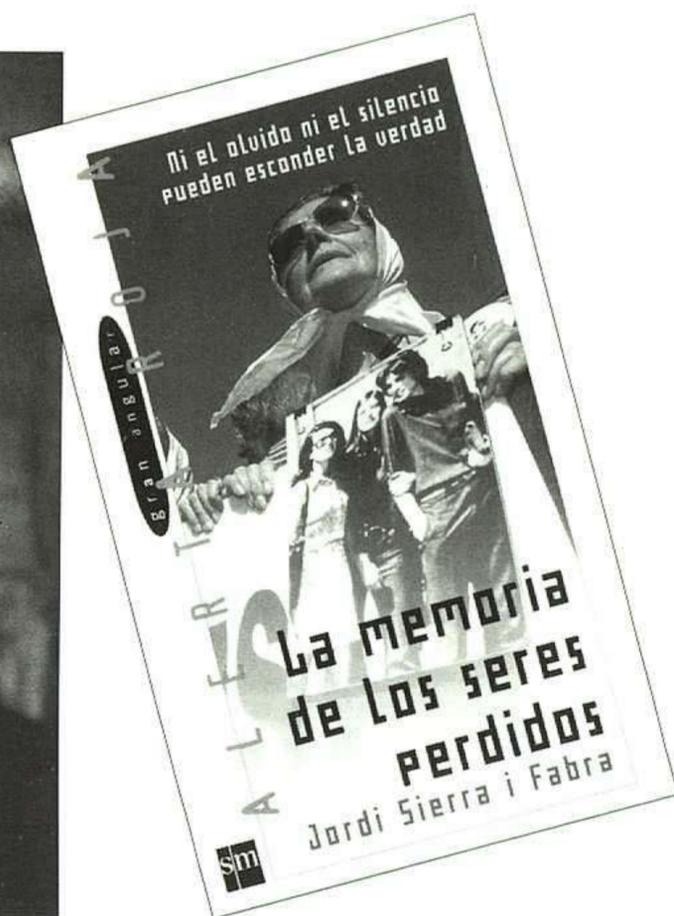
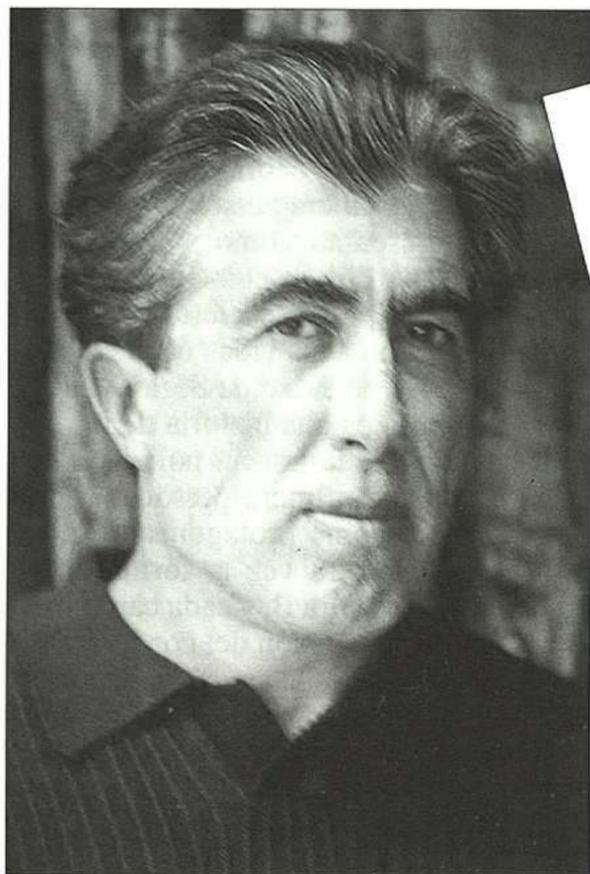
La música del viento (1998) está escrita en primera persona, siguiendo el procedimiento del *flash-back*, puesto que quien escribe recuerda una historia ya pasada.

Para finalizar, merece la pena citar dos libros, *La balada del Siglo XXI* (1989) y *El asesinato del Sgt. Pepper's* (1994), porque ambos recogen la pasión musical de Sierra i Fabra. El primero está escrito en primera persona y sus capítulos se presentan como si fueran las canciones de dos discos. Incluye también notas de prensa y cierto perspectivismo en torno a las vidas de los cuatro componentes de la banda Siglo XXI. El segundo libro es una historia de intriga, con elementos de novela policiaca que está escrito en primera persona, con el propio autor como protagonista. La estructura tiene otra vez la forma de un disco: cara A y cara B, y cada capítulo se inicia con una canción del conocido disco de Los Beatles. La cara A, en la que se van enredando los acontecimientos, es más reposada. La cara B es la resolución del caso. Es un libro muy interesante dentro de la producción que nos ocupa, porque conjuga, por un lado, la afición del autor por Los Beatles, con la novela policiaca y con temas relacionados con su vida: el mundo del rock, de la radio y los amigos relacionados con este entorno (con nombres y apellidos).

Otros personajes

Queremos dedicar un apartado, aunque sea breve, a los personajes adultos que pueblan la obra de Sierra i Fabra. La figura del escritor, por ejemplo, es recurrente, y aparece con unas características muy definidas —compulsivos, apasionados, vehementes— y siempre como alguien que puede ayudar o desencadenar sentimientos en los jóvenes protagonistas. Acaso el escritor protagonista de *Un libre monstruós* (1990) sea el más atípico y divertido de todos. Roc es un escritor de éxito, que también escribe de manera convulsa, y que recibe el encargo de escribir una novela terrorífica. La escribe y resulta tan terrorífica que hasta él mismo se asusta. Las criaturas se escapan del libro y el escritor tendrá que buscarlas por toda la ciudad para volver a encerrarlas en el libro.

Está también la figura del viejo, del anciano, que aporta la experiencia o la nota de cordura en la historia. El autor dibuja personajes jóvenes, desorienta-



dos la mayoría de las veces; pero les pone enfrente al anciano que sabrá darles el consejo oportuno o sabrá ver más allá que ellos. Recordemos que, en las sociedades tradicionales, los ancianos eran los que impartían justicia; ahora la figura del anciano está siendo relegada peligrosamente por nuestra sociedad del *usar y tirar*, pero Sierra i Fabra la reivindica y la coloca de nuevo ante nuestros ojos: Tortuga Veloz, en *El último verano miwok*, encarna la tradición, la verdad, los orígenes, la tierra; en *Aydin* (1994), el abuelo de Godar, con sus reflexiones, es el ejemplo de sabio ponderado y justo; Hari, el anciano de *Los tigres del valle* (1994), es la voz de la verdad, de la justicia y de la pasión; el abuelo de *Kaopi* sabe cómo mantener sus esperanzas y qué decir a su nieto para que no se rinda; Ammed, el anciano de *Noche de luna en el estrecho*, ayuda con su sabiduría a Habib y trata de atemperar sus impulsos de salir del poblado; Tobías, el viejo mendigo violinista de *Concierto en Sol Mayor* (1997), es esencial para el desarrollo de la novela, y es quien organiza el caos que tiene Daniel, el pequeño superdotado tiranizado por una madre exigente; Valentí, el abuelo de Óscar en *Temps de gebre*, enseña a su nieto el valor de las cosas más sencillas

y elementales de la existencia. Y, en *La música del viento*, es un *sadhu*, un santón hindú, quien da el ánimo necesario al periodista para que siga con su objetivo.

Hay también otros personajes adultos de mediana edad que, por algún tipo de compromiso moral o ético, o por alguna causa familiar, se sienten unidos al personaje adolescente y desempeñan un papel importante en su vida. Segundas esposas, que saben que no deben ser «segundas» madres, sino amigas; la atípica monja de *La voz interior*; psiquiatras, abogados, policías y periodistas son, en general, personajes valientes que apuestan fuerte por la vida, que siguen siempre adelante llevados por la pasión y la energía y que establecen estrechos vínculos con los jóvenes.

Simbología

Quizás en otra ocasión podamos trabajar con más detenimiento el aspecto *simbólico* de Sierra i Fabra. Es un autor sensible y receptivo que plasma sus sentimientos de una manera lírica y, a menudo, poética. Así, muchos de los títulos con los que estructura su obra son puramente metafóricos y despiertan en el lector un no sé qué de mágico y real, a la

vez. Y no sólo los títulos de los capítulos; sino los de sus novelas, en general, muestran ecos metafóricos o simbólicos: *Tiempo de olvido* representa la superación de los odios y enemistades, el punto final —Jordi Sierra i Fabra, entre sus muletillas, repite con energía, a la hora de acabar algún asunto: «Y punto»—. Es el inicio de una nueva etapa. Como puede verse, anticipa, de alguna forma, la situación actual en España. *Nunca seremos estrellas de rock* habla del desengaño de Ventura que vivía en un sueño y descubre que no hay que mezclar la vida con los mitos. *Un hombre con un tenedor en una tierra de sopas* viene a decir que difícilmente podremos entendernos si cada uno va con una idea: unos, el tenedor; otros, la cuchara. El hermano de Isaac se sintió así en Chiapas. *El niño que vivía en las estrellas* es el caso de un niño que parece un extraterrestre, cuando el problema residía en que su padre, para que callara, le dejaba jugar continuamente con juegos virtuales y el niño creció en una burbuja irreal. *Temps de gebre* alude al final del verano, al momento en que los padres de Óscar habrán decidido si siguen juntos o si se separan.

Veamos un poco más de cerca algunos de estos símbolos. El agua es, en *El último verano miwok*, la fuerza natural y cierta que pone las cosas en su sitio y que sepulta el viejo cementerio indio, como dice la leyenda, antes de permitir que se especule con su suelo. El agua que todo lo purifica y lo limpia.

Los animales también aparecen en los relatos de Sierra i Fabra, pero con un matiz, insisto, simbólico. En *Malas tierras*, Caty se apiada de un perro que ha muerto atropellado y dice que le duele más su muerte que la de un ser humano, porque la muerte del perro es inútil, ya que no siente dolor; en cambio, la muerte de la propia Caty sí será útil, porque ella sabe que va a morir y su muerte salvará una vida. Es nuevamente la esperanza. En *Temps de gebre*, Óscar y su abuelo encuentran una ardilla herida y la cuidan. Óscar quiere llevársela, pero, por su abuelo, decide dejarla libre y ese gesto también hace que él se sienta libre, aunque le duela. Hay un paralelismo entre Óscar y Caty: Caty se apiadaba del perro atropellado y la razón que da es la misma que la de Óscar frente a la ardilla:

el hombre entiende el dolor, pero el animal no; por eso a veces da más pena un animal herido que un hombre.

En *Las alas del sol*, Yu, el niño, encuentra también un perro y le da la libertad que él no tiene. El mismo Yu hace que unos caramelos sean el símbolo de su madurez: los guarda para sus hermanas, aunque se muere de ganas de comerlos. Y ya que hablamos de la libertad, el sol que da título al libro es un espectáculo para el niño que corre todas las mañanas para ver amanecer: el sol es libre y, precisamente, en el colegio están aprendiendo la palabra *libertad*.

En *Aydin*, es una ballena la que no quiere encadenarse. Jordi Sierra i Fabra critica la sociedad de consumo y ciertos experimentos que tienen como base al animal. En *Aydin*, encontramos también un símbolo muy hermoso: cuando llega la primavera, Godar crece y también lo hace la ballena.

El cazador es la historia de una pasión y de un destino. Dubal es el hombre enfrentado a su pasado y a su futuro que acaba aceptando el paso del tiempo, como algo natural. Tendría paralelismos con *El viejo y el mar*, por-

que, al fin y al cabo, son las reflexiones de un ser en soledad enfrentado a su propia vida.

Valores

Acabamos ya esta aproximación a la obra de Sierra i Fabra con el deseo de poder volver a ella en otras ocasiones. Una obra tan cambiante, sólida y sugerente no ha de dejar indiferentes ni a los lectores ni a los críticos o investigadores. Jordi Sierra i Fabra en sus obras no hace otra cosa que recordarnos cómo son las cosas, o lo que es lo mismo, situarnos frente a un espejo, duro a menudo, nunca idílico, tampoco deformado, que nos devuelve los ojos del miedo, del sufrimiento, del dolor; pero también, y mucho más engrandecida, de la esperanza. Los personajes de la obra de Sierra i Fabra luchan para salir de la soledad, para comunicarse, para proyectarse en el exterior, para sentirse solidarios y necesarios; luchan, en suma, para alcanzar la libertad. Y éste es el gran anhelo de Jordi Sierra i Fabra, que escribe sobre los temas que quiere, sin ceñirse a ningún presupuesto editorial y con ab-

soluta independencia. Sus novelas no son otra cosa que el retrato de su propia personalidad: vibrante, apasionada, en ocasiones una pizca irreflexiva, visceral, fiel a los propios principios... Una personalidad marcada por los viajes, por la música y por la observación cotidiana. Como Ventura, nosotros tampoco seremos «estrellas de rock», pero quizá sí habremos dejado de entornar los ojos ante nuestra propia imagen, reflejada en el espejo de Sierra i Fabra. ■

* **Anabel Sáiz Ripoll** es doctora en Filología y profesora de Secundaria en el IES «Jaume I» de Salou (Tarragona).

Notas

1. Citado en *CLIJ* nº 93, abril 97, p. 53. Aprovecho la primera nota para agradecer el entusiasmo con que Jordi Sierra i Fabra ha aceptado mi propuesta de análisis de su obra. Ha sido él quien me ha facilitado la mayor parte de su obra y muchas de las entrevistas que aparecerán aquí citadas.
2. En *Platero* nº 84.
3. *Ibid.*
4. Cf. nota 2.
5. En *Vapor* nº 3, 1997.
6. En *Qué leer*, febrero 98.
7. En *Primeras Noticias LIJ*, nº 123, febrero 94.
8. Cf. nota 7.
9. Cf. nota 2.
10. Cf. nota 2.

Bibliografía citada

- El cazador*, Madrid: SM, 1985.
El último verano miwok, Madrid: SM, 1987.
El joven Lennon, Madrid: SM, 1988.
La balada del Siglo XXI, Madrid: SM, 1989.
En un lugar llamado Tierra, Madrid: SM, 1990.
En un lloc anomenat Terra, Barcelona: Cruïlla, 1990.
Kaopi, Madrid: Alfaguara, 1990.
Un llibre monstruós, Barcelona: Cruïlla, 1990.
El último set, Madrid: SM, 1991.
Temps de gebre, Barcelona: Cruïlla, 1991.
Sons del silenci, Barcelona: Timun Mas, 1992.
Los sonidos del silencio, Barcelona; Timun Mas, 1992.
Banda sonora, Madrid: Siruela, 1993. (Existe edición en catalán en Columna, 1994.)
Noche de viernes, Madrid: Alfaguara, 1993.
El temps de l'oblit, Barcelona: Columna, 1993.
Aydin, Barcelona: Edebé, 1994.
Aydin, Barcelona: Edebé, 1994. (Edición en catalán.)
El asesino de Sgt. Pepper's, Barcelona: Edebé, 1994.
La vall dels tigres, Barcelona: Edebé, 1994.
Los tigres del valle, Barcelona: Edebé, 1994.
Las alas del sol, Madrid: SM, 1994.
Malas tierras, Madrid: SM, 1994.
El tiempo del olvido, Barcelona: Alba, 1995.
Mai no serem estrelles del rock, Barcelona: Columna, 1995.
Nunca seremos estrellas del rock, Madrid: Alfaguara, 1995.
Seis historias en torno a Mario, Madrid: Espasa-Calpe, 1995.
El niño que vivía en las estrellas, Madrid: Alfaguara, 1996.
La estrella de la mañana, Madrid: SM, 1996.
L'estel del matí, Barcelona: Cruïlla, 1996.
Noche de luna en el Estrecho, Barcelona: Grijalbo, 1996.
Zack Galaxy (Una aventura intergaláctica), Madrid: Alfaguara, 1996.
Campos de fresas, Madrid: SM, 1997.
Camps de maduixes, Barcelona: Cruïlla, 1997.
Concert en Sol Major, Barcelona: Columna, 1997.
La voz interior, Madrid: SM, 1997.
Retrato de un adolescente manchado, Madrid: Bruño, 1997.
Zack Galaxy: persecución total, Madrid: Alfaguara, 1997.
La memòria dels éssers perduts, Barcelona: Cruïlla, 1998.
La memoria de los seres perdidos, Madrid: SM, 1998.
La música del viento, Barcelona: Ediciones del Bronce, 1998.
Un hombre con un tenedor en una tierra de sopas, Madrid: Bruño, 1998.